

(CUATRO PLIEGOS.)



HISTORIA MARAVILLOSA
DE
ROBERTO EL DIABLO,
HIJO DEL DUQUE DE NORMANDIA,
EL CUAL DESPUES FUE LLAMADO
HOMBRE DE DIOS.

COMPUESTA POR JUAN DE LA PUENTE, y *corregida en esta última impresion*

Madrid.

Imprenta de José María Marés, calle de Relatores, núm. 17.

1853.



ESTADO MARIATERRA

DE

ROBERTO EL DIABLO

HIJO DEL DUQUE DE NORMANDIA.

EL CUAL FUE POR EL NOMBRE

HOMBRE DE DIOS.

CONFESE POR UNO DE LA NUESTRA Y CORTEJA EN SU ALMA NOSTRA

LIBRO

Impreso en la imprenta de José María Rivera, calle de Peláez, núm. 17.

1853

HISTORIA MARAVILLOSA

DE

ROBERTO EL DIABLO.

CAPITULO PRIMERO.

En que se dá cuenta de quiénes fueron los padres de Roberto el Diablo.

EN el reino de Francia, provincia de Normandía, hubo un duque muy noble, discreto, esforzado y sobre todo muy humano; era justiciero y amigo de Dios, el cual se llamaba Auberto, cuyos hechos y hazañas en las crónicas francesas se hallan patentemente declaradas; de las cuales deixo de hablar por no ser prolijo, y solamente diré lo que á la historia conviene.

Determinó este duque reunir córtes en una villa llamada Veron, á las cuales fueron llamados los señores, varones y caballeros de todo el ducado de Normandía; y como el duque Auberto (muy querido de los suyos) se hallase en estado de soltero, despues de venidos á las córtes, fué requerido de los caballeros á que se dignase tomar estado; el cual deseando el bien común de sus pueblos, y conociendo que la demanda de los caballeros era muy justa, les dijo: que mirasen con quien se podía casar que le fuese mas honroso y de provecho para sus Estados; y que su contento era el de satisfacer sus ruegos; dándoles un término para reflexionar en ello. De allí á pocos dias se presentaron á él, y le dijeron, como el duque de Borgoña tenia una hija, que era muy dotada de virtudes y de estremada hermosura, la que temian por bien que fuese demandada; y el duque despues de un rato de reflexion, les dijo que viniesen á otro dia por la mañana; luego mandó á llamar algunos sábios de su córte para consultar con ellos, y tomar su consejo. Despues que los sábios hubieron muy bien discutido sobre ello, dijéronle: que no dejase la propuesta de los caballeros, porque de verificarse tal casamiento le procedia honra y provecho á sí mismo y á la república. Al otro dia reuniendo sus caballeros, ordenó de enviar una embajada al duque de Borgoña, la cual fue bien recibida; aceptado lo que deseaba, se verificaron luego los desposorios, y las bodas fueron muy celebradas, cuales á tales príncipes correspondia.

El duque Auberto hizo traer á su esposa á Normandía, acompañada de muchos varones nobles, de dueñas y doncellas, y llegados que fueron á la ciudad de Ruan, celebraron las fiestas solemnes, y las diversiones fueron muy asombrosas, las cuales dejaré de referir por huir de prolijidades, y seguiré lo que sea apropósito de la presente historia. El duque Auberto y la duquesa, su esposa, vivieron en compañía sin tener fruto de bendición por espacio de diez y siete años, fuese por falta que en ellos habia, ó porque á Dios placia, que muchas veces es mejor carecer de hijos que tenerlos. Vivian no obstante, el duque y la duquesa en gran tristeza, y no cesaban de hacer muchas limosnas y otras obras pias, y con devotas oraciones rogaban con mucha humildad á Dios les diese fruto de bendición; especialmente el duque hacia celebrar misas, hacer procesiones y casar huérfanas. Estando un dia el duque y la duquesa holgando en una huerta, como el duque jamás estuviese sin algo de incomodidad, hubo de decirle algunas razones indecorosas á la duquesa, que por poco perdiera el seso, y regando su cara con muchas lágrimas, le repuso: señor, en nada de esto me parece que tengo culpa; que ni yo fui causa de nuestra union, aunque consentí en ella, ni tampoco está en mi mano el concebir, sino en la voluntad de Dios; y pues á él no place darnos heredero, no me parece cordura vivir con tanta tristeza y pesadumbre, sino darle continuas gracias, y conformarnos en todo lo que él fuere servido. Viéndola el señor duque tan enojada, no habló mas de aquel caso, antes la consoló cuanto pudo; pero no por eso entró alegría en su corazon.

CAPITULO II.

Siguen las desazones que tuvieron los duques por no tener un hijo; y como la duquesa en un acceso de desesperacion le ofreció al diablo si lograba concebirle.

Como el duque estaviese en una continua tristeza, estaban asimismo los caballeros muy descontentos, los cuales como siempre pensasen en darle placer por apartarle de tan tristes pensamientos, le rogaron un dia que fuese á caza, y él conociendo los buenos deseos salió con ellos al monte. Entrados en él con multitud de perros, hallaron un ciervo grande y muy ligero, y como sintiese los cazadores, tomó el camino de la sierra; siguiéronle los caballeros, y toda la demás gente, y quedó el duque solo, que muy poco se le daba por el ciervo porque tenia el corazon muy turbado y envuelto en diversos pensamientos, considerando como por la falta de heredero tendrian que pasar sus Estados en manos de extraño señor, introduciéndose la discordia entre los caballeros, y que serian por eso los vasallos maltratados; siendo tanto lo que se sentia de ello y oprimia el corazon, que casi cayó en una especie de desesperacion, y comenzó á maldecir la hora en que nació, quejándose de los desastres de su

desventura y lo que á los inocentes vasallos les aguardaba. Estuvo así quejando y maldiciendo, hasta que vino la gente que traian el ciervo muerto. Subió el duque en una hacanea blanca marchándose para la ciudad; y como el enemigo de la humana generacion siempre trabaja por privarnos de la gloria celestial y armarnos lazos para que caigamos en el pecado, hizo que la esposa del duque cayese en tan profunda tristeza acompañada de una especie de delirio, que la puso en un estado completo de postracion, lo cual la obligó á guardar cama, y aunque la decian que el duque venia y traia un ciervo muerto, no se movia ni hacia caso de ello. Entrado el duque en el palacio, como no viese á la duquesa preguntó por ella; y luego que oyó que estaba en la cama muy desazonada, la fué á ver, y la dijo: esposa mía, así el Señor fuese servido de que enjendrámose un hijo para que nuestros Estados disfrutasen despues de nosotros paz y prosperidad; á cuyas razones respondió la duquesa con grande agitacion: *si ahora yo concibiese, ofrecia al diablo el fruto de mis entrañas;* y se lo ofreció. Así fue, que por voluntad de Dios concibió un hijo, que fue muy diestro y perverso en todas maldades; mas por la gracia divina, hizo despues digna penitencia de sus pecados como en adelante diremos. Trajo la duquesa nueve meses el hijo en sus entrañas, y estuvo de parto un mes entero. Bien pensaba el duque y todos los del palacio que feneceria allí sus días, pero plugó á Dios que viviese y pariese, mas no sin gran trabajo, porque se manifestó este tan maravilloso hecho.

CAPITULO III.

Nacimiento, bautizo y crianza de Roberto, y particularidades que acontecieron á todo esto.

EN la hora que nació este niño, como se halla en las crónicas francesas, sobrevino una niebla muy oscura, que cubria toda la ciudad y parecia media noche; tronaba y caian rayos de tal suerte, que todos pedian en altas voces misericordia á Dios, pensando que la ciudad se hundia. Duró esto cuatro horas; despues abrió el tiempo, y parecia que el cielo estaba encendido en llamas de fuego; los relámpagos continuaban con tanta rapidez, que cegaban á la gente, los vientos chocaban unos con otros, que temblaban las casas hasta los cienos; el palacio en donde parió la duquesa, fue tan mal tratado de la tempestad, que gran parte de él cayó en el suelo, y pensaron los que allí estaban de perder las vidas, mas por la gracia de Dios y la intercesion de nuestra Señora, cesó la tempestad, y fue llevado el niño á bautizar, al cual iban las jentes á ver por maravilla, porque nacido de un dia parecia que tenia un año. Al llevarlo y traerlo de la iglesia, jamás su boca se cerró, dando tantos gritos, que toda la gente se maravillaba de ello. Fue dado á dos amas para que lo criasen; mas á los tres meses tuvo todos sus dientes y muelas, con las cuales mordía á las amas

y las quitaba los pezones de los pechos; por esto fue necesario darle de comer y beber por un cuerno que tenían hecho para el caso; se lo ponían en la boca y por él le echaban alimento. Cuando ya tuvo un año, andaba y hablaba tan bien como otros niños de cinco años; cuanto mas crecía mas se deleitaba en hacer mal; y cuando encontraba algunos niños les hería y maltrataba; á unos con palos á otros con piedras, y á otros golpeaba y rasguñaba con las uñas; en cualquier parte que estuviese jamás cesaba de hacer mal, quebrando cabezas, brazos ò piernas.

CAPITULO IV.

Como los niños empezaron á llamarle Roberto el Diablo.

CRECió mucho este niño en poco tiempo; y si crecía en cuerpo, mas crecía en maldades, en tanto grado, que los que tenían hijos no los dejaban salir de casa por temor de que Roberto les encontrase. Algunas veces se juntaban muchos niños para pelear con él, mas ni porque fuesen muchos, ni pocos, no dejaba de acometerlos con piedras ó con palos, y algunas veces le descalabraban, pero siempre había muchos de ellos heridos y maltratados, y cuando le veían decían todos: aqui viene Roberto el Diablo, cuyo nombre le quedó por mucho tiempo.



Si veían que eran pocos para resistirle, poníanse todos á huir, y se decían unos á otros: guardarse de Roberto el Diablo, que viene; y algunas veces los seguía hasta entrar en sus casas, y por ser de quien era no osaban

sus padres ni parientes castigarle ni enojarle : antes le halagaban dándole frutas y otras cosas que los niños desean ; mas ni por eso pudieron jamás hallar en él la menor correccion ; pues que de su naturaleza era maligno y de condicion tan perversa , que sus deseos se fundaban solo en la maldad y las obras en un todo conforme á ellos.

CAPITULO V.

Como Roberto siguiendo el curso de sus perversidades mató al maestro que tenia el cargo de enseñarle.

TENDRIA Roberto unos siete años , cuando el buen duque , su padre , informado de su mala condicion , pensó emendar en él por medio de doctrina lo que de naturaleza heredó ; mas no pudo doctrina ni consejo , ni menos castigo , hacer operacion en él , hasta que un dia le mandó llamar ; y le dijo : hijo , ya es tiempo que aprendas de crianza y ciencia , pues que Dios te dió habilidad para ello , porque en todo tengas ventaja á tus vasallos . Con esto mandó venir un honrado varon que en las ciencias era muy docto y en toda enseñanza muy sabio , y le dijo , que de allí adelante tomase el cargo de educar á su hijo Roberto ; que le enseñase á leer y escribir , y le instruyese en crianza y buenas costumbres . A todo esto no habló palabra Roberto ; y con la cabeza inclinada volvia la vista ya al duque , ya al maestro el cual se despidió del duque y se llevó á Roberto consigo . Este se escondió un agudo cuchillo en la manga , para dar con él á su maestro si quisiese castigarlo ; y habiendo Roberto un dia herido y apedreado á otros muchachos , quejáronse sus padres al maestro , y queriéndole este castigar , dió á su discípulo un bofetón , y él sacando su cuchillo , le dió tan fuerte estocada en el pecho , que cayó en el suelo muerto ; despues le echó su libro á la cara maldiciendo la ciencia y quien se la enseñaba , diciendo que de allí adelante ningun superior tendria que le mandase . No osó despues ninguno tomar á su cargo el enseñarle , ni se atrevia nadie á reprenderle del mal que hacia . Asi seguia libremente su voluntad , apartándose de toda razon : sus obras eran de diablo mas que de hombre ; nunca iba á la iglesia sino fuese por meter ruido , injuriar á alguno , por hacer burla de los sacerdotes ó de los que rezaban ; su lenguaje era maldecir , jurar y renegar de los santos . Viendo el duque y la duquesa que su hijo era tan perverso , no estaban menos tristes por eso que antes de su nacimiento . Siendo ya Roberto de diez y siete años , dijo la duquesa á su esposo , que le parecia ser muy conveniente que á su hijo Roberto se le armase de caballero , y de este modo conseguirian tal vez hacerle variar de condicion , y aprenderia las reglas y buenas costumbres de sus nuevos compañeros , á cuyas razones dijo el conde que le parecia bien .

CAPITULO VI.

Como Roberto el Diablo fue armado caballero, y escesos que cometió en las justas que se celebraron.

LLEGADO Roberto á la edad que queda dicho, mandó el duque reunir á su còrte todos los principales señores de sus Estados, y delante de ellos hizo comparecer á su hijo Roberto, y le dijo: hijo, conformándome con el parecer de estos nobles señores, he ordenado de armaros caballero, porque de aqui adelante os acostumbreis á tratar con los caballeros y aprendais de ellos, y troqueis vuestras condiciones malas y viciosas aprendiendo á ser cortés y benigno como la órden de caballería manda. Y Roberto dijo á eso: señor, yo haré lo que me mandeis, porque no me da mas ser caballero, que no serlo; pero de mis condiciones no me hable nadie, porque tengo propuesto de seguir mi voluntad y apetito toda mi vida. Aquella misma noche veló Roberto en la iglesia, como es costumbre á los que han de ser armados caballeros, y en toda ella no cesó de molestar á los que estaban en la iglesia para su compañía, sin hacer ningun aprecio de la honra que habia de recibir. Venido el dia fue armado caballero con la celebridad y ceremonia que en el acto se requeria. De alli á algunos dias, el duque hizo publicar unas justas, á las que vinieron de diversas partes; y llegado el dia señalado, Roberto fue armado de muy lucidas armas, y montando en un brioso caballo entró en las justas, y del primer encuentro mató un caballero principal, y en poco tiempo no quedó ninguno en todo el campo que se atravesase á encontrarse con él; porque á uno quebraba los brazos, á otro las piernas, y en breve rato derribó hasta diez caballeros con sus caballos; en vista de lo cual se mandó cesar las justas; mas ni por eso dejaba Roberto de herir á una parte y á otra, sin mirar á quién ni á dõnde, hasta que el pueblo se movió contra él para contenerle; mas él sin reparar en nada seguia hiriendo y matando como leon bravo. Fueron las nuevas al duque, su padre, que á la sazón se habia marchado; volvió luego á gran prisa al lugar de las justas, y mandó á Roberto que dejase las armas y saliese de la plaza; mas ningun caso hacia, ni que lo mandase el padre, ni se lo rogase el pueblo; pues hasta que no halló caballero en la plaza, no dejó de herir y atropellar á cuantos le venian á las manos, viéndose precisados á abandonar la plaza, saliéndose todos en tropel llenos de vergüenza y coraje por tener que huir como vencidos por un solo caballero si bien por respetos á su clase.

CAPITULO VII.

Como Roberto el diablo se marchó de la ciudad de Ruan á recorrer el ducado de Normandía, donde cometió muchas atrocidades; y habiendo el duque enviado gente para prenderle, se apoderó de sus perseguidores, y les sacó los ojos.

CUANDO Roberto vió que todos huían, y no hallaba ya con quien pelear, se salió de la plaza; mas no quiso ir á palacio por el enojo que su padre tenia, y de allí á pocos dias juntó á todos los que hallé de su condicion, y salió de la ciudad con ellos cometiendo toda clase de escesos: entraba en las aldeas, violentaba las mugeres, mataba los maridos y perseguia las doncellas, no mirando si eran madre ó hija, ni si eran hermanas. Tantos males hacia, que llegaban de muchas partes á quejarse al padre; el uno decia, que le habia maltratado la muger; otro decia, que le habia violado su hija; otro que le habia robado; en fin, todo eran quejas y lamentos. Fue tanto el sentimiento que tuvieron el duque y la duquesa por las infaustas nuevas de su hijo, que poco les faltó para perder la vida; el único remedio que para ello tenian, era encomendarse á Dios nuestro Señor, rogándole humildemente los quisiese consolar y traer á su hijo á la verdadera carrera de salvacion, haciendo muchas limosnas y otras obras de misericordia, y socorriendo con sus haciendas á los menesterosos, con el fin de lograr su peticion.

Un caballero de los mas principales de la ciudad y de los mas privados del duque, estando muy pesaroso al considerar la multitud de desgracias y calamidades que ocasionaba aquel desgraciado jóven por todo el pais, trató de ver si podria poner remedio á tantas demasias; fue á presentarse al duque y le dijo: señor, á mí me parece que seria conveniente que vuestra señoría mandase llamar á Roberto vuestro hijo, y decirle, que de aqui adelante haga por dejar el mal camino que hasta ahora ha llevado, amenazándole que le castigaréis posponiendo el amor paternal con todo el rigor de un padre irritado, por el primer yerro que en adelante cometiese; y tal vez el temor le desviará de lo que vuestra lenidad ni ruegos de los vasallos pudiera conseguir. Aprobaron el duque y la duquesa las razones del caballero, y acordaron, de hacerlo así, y al instante mandó disponer ciento sesenta soldados de á caballo, los cuales hizo repartir en diez y seis partidas, y mandóles que cada una con su gefe buscasen á su hijo Roberto por toda la provincia hasta encontrarle; y hallado que fuese, le dijeran como el duque, su padre, le

rogaba, que por su bien se llegase á la córte; pero si le hallaren rebelde, y no quisiese venir, que le intimasen de que hacia juramento á la Orden de caballeria de hacerle prender y castigar cruelmente con todos los que le siguen y favorecen. Partieron prontamente las partidas, y de allí á pocos dias supieron como estaba en un monte con una gran cuadrilla de ladrones, robando y matando á cuantos hallaban por los caminos y caserios. Se fueron para el monte diez de á caballo; y entrados en él, se hallaron muy presto cercados de treinta bandidos armados, los cuales enfilando las lanzas comenzaron á herir á los soldados, y estos sin ponerse en defensa alguna, les dijeron, que eran enviados por el duque de Normandía, y que buscaban á su hijo Roberto: al oír esto, los asesinos se contuvieron y los llevaron á donde estaba Roberto; aquellos se apearon y le dijeron lo que el duque les mandaba decir; y luego que Roberto oyó de su padre las amenazas de que le mandaria prender, comenzó á maldecir la hora de su nacimiento, el padre que lo enjendró, la madre que lo parió, renegando de los santos y santas; y como hombre desesperado falto de todo sentido, mandó atar á los infelices soldados de pies y manos, y con un cuchillo les sacó los ojos á todos, y despues les dijo que se volbiesen para el duque, su padre, (acompañados de un paisano) y le dijesen: que por causa suya y por la embajada que trajeron, habian recibido aquel galardón de su hijo Roberto. Llegados los soldados á la córte asi maltratados, fueron presentados al duque, el cual en vista de tal atrocidad y despues de reunir su consejo para resolver lo que en tal caso se habia de hacer, anteponiendo la justicia al amor del hijo, y por evitar ulteriores desastres mandó pregonar en todos sus Estados, que todo hombre que fuese apto para llevar armas, estuviese pronto para ir en persecucion de su hijo Roberto y sus compañeros, á los cuales mandaba que vivos ó muertos fuesen llevados delante de sí.

CAPITULO VIII.

Como Roberto el Diablo hizo construir una casa fuerte en un monte, en el cual hizo muchas atrocidades.

CUANDO Roberto supo el pregon que el duque, su padre, habia dado por todos sus dominios, se entregó á la mas grande desesperacion. Iba por el monte como un leon rabioso dando gritos y bramidos, renegando de toda la Córte celestial y maldiciendo padre, madre y parientes, llamando á grandes voces los diablos, ofreciéndoles su cuerpo y alma; y á ellos solamente pedia

consejo y favor, y diciendo tales despropósitos, se salia muchas veces á un camino y si hallaba á algun infeliz viajante, luego lo mataba por valiente que fuese, porque él era hombre de grandes fuerzas y diestro en todo; y despues de muerto, no contento con aquello, le abria con sus manos y le sacaba el corazon; á otros los descuartizaba y los echaba por el monte, á otros desnudaba en carnes y los colgaba por los pies en un árbol; y en fin, otras muchas crueldades que estremeceria el referirlas. Como supó la aproximacion de la gente que su padre habia mandado para prenderle, huyó con sus compañeros por el monte adelante, en un lugar muy apartado, donde mandó construir una especie de plaza fuerte para que se reuniesen y defendiesen; hecha la casa, juntaron mas gente, y acogian ladrones, salteadores y á todos los que eran de mal vivir. Procurando Roberto evadirse de la gente que los perseguian, continuó por algun tiempo en hacer maldades; salia con sus compañeros por todos los caminos, matando y robando á cuantos encontraban; entraban en los lugares y aldeas, asolaban y quemaban casas, mataban los hombres, mugeres y niños; forzaban doncellas, y tanto se escedieron en sus crueldades, que toda la provincia estaba atemorizada, y no se atrevia la gente andar por los caminos á veinte leguas al rededor del monte. Perseveró Roberto en esta mala vida bastante tiempo; mas despues se convirtió y se volvió á Dios y con grandes lágrimas y arrepentimiento de sus pecados hizo penitencia de ellos, como por estenso diremos.

CAPITULO IX.

Como Roberto el Diablo despues de haber decapitado á unos ermitaños, se fue á un castillo, donde se hallaba su madre; y la conferencia que ambos tuvieron.

Como se ha dicho ya, vivia Roberto en el monte sin ningun temor de Dios siguiendo solo sus caprichos; y como fuesen sus deseos inclinados á todo mal, se apartó un dia de sus compañeros, y andado por el monte mirando á todas partes, y escuchando si descubria á alguno para ejecutar en él su malignidad, tanto anduvo, que se encontró con siete ermitaños muy viejos, y se alegró tanto de verlos, así como el cazador cuando se le presenta el venado; el galgo, la liebre; y el lobo con el ganado; y tan luego como les acechó fue corriendo para ellos, y sin recibir de su parte resistencia alguna de palabra, ni de hecho, les cortó las cabezas, y se salió del monte; y andando por el camino se encontró con un pastor, el cual temiendo le matase, fue

á echarse á sus pies, pidiéndole por merced que no le quitase la vida. Roberto entonces le preguntó por el duque, su padre; y el pastor le dijo: que se habia marchado á la corte del rey de Francia, y que la duquesa estaba en un castillo á una legua de allí; Roberto le perdonó por las noticias que le dió. Se fué corriendo para el castillo, y como la gente del lugar y del castillo le viesen, todos se escondian y se encerraban en sus casas porque llevaba Roberto la espada en la mano toda ensangrentada, y asimismo las manos, pecho y vestidos teñidos de sangre de los ermitaños que habia degollado; y como vió que todos huian de él, se puso á discurrir, qué lo podia causar; y con aqueste pensamiento llegó á la puerta del castillo, y no hallando portero alguno, ni otra persona que le diese ninguna noticia, se quedó mucho mas maravillado. Apeóse del caballo y entró en el castillo; los que estaban en las primeras habitaciones comenzaron á decir á grandes voces; ¡que viene Roberto el Diablol y huyendo de él unos se encerraban en las cámaras, otros se subian á los tejados, sin que él les siguiese ni hiciese demostracion de hacerles mal alguno; anduvo así Roberto por el castillo, hasta que llegó al cuarto de la duquesa, su madre; y como hallase la puerta cerrada por dentro, comenzó á dar golpes, y llamar á grandes voces; y temiendo la duquesa que derribára la puerta, le respondió rogándole que se fuese, y Roberto con mucha humildad la rogó que le quisiese oír, prometiendo y dando palabra de no hacerla el menor daño, ni á ninguno del castillo; á lo cual la duquesa le abrió la puerta, y llorando muy amargamente se echó á los pies de su hijo; y Roberto movido de compasion por el llanto de su madre, suspirando de corazon y sus ojos hechos fuentes, la levantó del suelo. Sentados á un estrado sin tener otra compañía, empezó la duquesa á reprenderle con suavidad de tantos males como habia hecho; y Roberto la dijo: señora, esta es la principal causa de mi venida, porque no puede ser que vos ó el duque, mi padre, no tengais alguna culpa en este mi mal vivir, y quisiera saber si vosotros fuisteis causantes en ello, porque mas fácilmente pudiese yo enmendar mi vida. Cuando la duquesa oyó la voluntad y buena disposicion de su hijo para entregarse á buen vivir, le saltaron nuevas lágrimas de sus ojos del gran gozo que recibió, abrazándole y besándole á menudo, y rogándole la quisiera perdonar; luego le contó por estenso como le habia ofrecido al diablo de la manera que dijimos arriba. Cuando Roberto oyó tales razones, del gran dolor y pesar que tuvo, cayó desmayado en el suelo, y despues que volvió en sí, con abundantes lágrimas comenzó á decir: ¡Oh misericordioso y eterno Dios! cómo permitis que pague el hijo la culpa de la madre! Oh pecador de mí, cuánto tiempo he servido al diablo, sin tener conocimiento de mi perdicion! Oh maligno espíritu, cuántas cautelas y modos buscas para privarnos de la Gloria, y cautivarnos en tus tristes cárceles, por cuyo camino desde mi infancia hasta este dia me has llevado, cegándome los ojos de la razon por el poder que mi madre te dió! ¡Oh astuto y sagaz engañador, cómo conocistes del sexo femenino la fragilidad é inconstancia! cómo

lograstes de él lo que en ningún varon pudieras conseguir! ¡Oh piadoso y misericordioso Jesus! tú que rogaste por los que te crucificaron, y digiste: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen*, perdona á esta mi triste madre su gran yerro cometido, á mí, y mezquino pecador; y pon en mi corazon entera contricion de mis pecados, ábreme la carrera de tus mandamientos, como abriste el mar Rojo para que pasasen los hijos de Israel. Acabada esta súplica, arrodillóse delante de su madre, la pidió perdon, besóla la mano, la rogó que le encomendase al duque su padre, y le dijese que le pedia perdon de sus yerros. Decidle (añadió, que me parto á Roma para ponerme á los pies del Padre Santo, á confesar todos mis pecados, haciendo penitencia de ellos. Y así llorando y sollozando se salió del castillo, y montó en su caballo, quedando la condesa muy asombrada de lo que acababa de suceder; llegó á poco despues el duque al castillo, y como hallase la gente alborotada, y la duquesa llorando, preguntó luego si Roberto habia ido por allí, y si les habia hecho algun daño; la duquesa le contó lo que con él habia pasado, y el duque exclamó suspirando: ¡Dios por su piedad quiera tener misericordia de él, y le conduzca al camino de salvacion! y despues se ocupó en consolar á la duquesa del gran dolor que tenia por su hijo.

CAPITULO X.

Roberto el Diablo regresa á la casa del monte, donde dió muerte á sus compañeros por no quererse reconciliar, y cerrando la puerta, envió la llave á su padre, poniéndose en camino para Roma.

LUEGO que Roberto se partió del castillo, se fué á toda prisa para el monte, temiendo ser hallado por la gente de su padre; llegando á la casa que alli tenia, encontró á sus compañeros comiendo y divirtiéndose; luego que le vieron todos se levantaron á recibirle, y se alegraron de su venida: él les habló muy cortesmente, los hizo sentar á todos, y despues que hubieron concluido de comer, les mandó estar en silencio y atentos á lo que les queria decir. Principió á traerles á la memoria los enormes pecados por ellos cometidos, que por el menor de los cuales eran dignos de eterna condenacion y les rogó que se confesasen é hiciesen penitencia de ellos, y de alli adelante viviesen como cristianos que sirviesen á Dios, y no estuviesen en el monte sirviendo al demonio; y otras muchas reflexiones que les hizo para moverlos á obrar bien. Entonces uno de ellos tomando la palabra por todos, le respondió con gran descaro: señor, me parece que haceis burla de nosotros; tú que nos metiste á donde estamos, que nos enseñaste á ser crueles y á

ejecutar mas males de los que de nuestra natural condicion hiciéramos, y que en todo has sido siempre el principal autor y guia, ¿ahora nos vienes predicando como el raposo á los pollos? En valde trabajas, porque nuestra voluntad es de seguir el camino que nos enseñaste, y pues que en este ejercicio hemos empleado parte de nuestros días, en él proponemos continuar los que nos quedan, sea lo que fuere. Y los demas respondieron unánimes todos á una voz, que esta era su deliberacion. Roberto les requirió varias veces para atraerles al servicio de Dios y no perseverasen en el mal vivir, diciéndoles: que pues ya que él habia sido el primero y principal en el mal, que tambien queria serlo en la penitencia; y pues que le siguieron en lo uno, le siguiesen tambien en lo otro. Cuando vió Roberto que no les convencian sus razones, y considerando los grandes males que causarían segun el mal propósito que tenían, siendo él la principal causa de haberlos puesto en aquel estado de vivir, pesándole mucho de ello, resolvió de matarlos á todos, porque de allí adelante no cometiesen mas maldades. Y teniendo ocasion oportuna para ello, fue y tomó presto una hacha de armas, y empezó á dar hachazos y herir á discrecion sin darles lugar de defenderse, hasta que los derribó á todos en el suelo; y cuando ya los tuvo muertos, dijo *quien á buen señor sirve, buen galardón espera*: si bien me servisteis, como merecíais os he pagado. Despues quiso quemar la casa, mas se detuvo por las infinitas riquezas que en ella habia, y cerrada la puerta con llave, montó en su caballo, encomendóse á Dios, y tomó su camino para Roma.

Habiendo andado todo aquel dia y noche sin comer cosa alguna, á la mañana siguiente llegó á una abadía (cuyo abad era pariente suyo), y en la cual habia hecho grandes daños. Roberto se apeó á la puerta de la iglesia y entró en ella á hacer oracion. Cuando los monjes le vieron, se asustaron de tal modo, que echaron todos á huir, de lo que se admiró mucho Roberto: cuando concluyó la oracion, llamó á uno de ellos, y le rogó dijese al abad que se dignase de oírle, y que no tuviese temor, que ningun mal le haria á él ni á nadie del mundo. Entonces se fue el abad á la iglesia acompañado de algunos monges, y dirigiéndose Roberto á ellos, se hincó de rodillas, y les dijo: señores, yo he sido causador de grandes daños en vuestra abadía é iglesia, de lo cual vengo á pedir os por merced me querráis perdonar, porque así Dios os perdone tambien á vosotros: despues que hubo hablado á todos en general, se dirigió al abad, y le dijo; yo os ruego, señor que me encomendeis á mi padre, y que le deis esta llave, que es de la casa en que me reunía con mis compañeros, y en ella hallará muchos tesoros y riquezas que hemos robado en diversas partes; y le direis que restituya toda aquella hacienda á sus dueños, y que yo voy á Roma á confesar y hacer penitencia de mis pecados. Cuando los monges vieron el grande arrepentimiento de Roberto, dieron por ello infinitas gracias á Dios, y estuvo muy bien asistido en la abadía aquel dia y la noche, que el abad no le dejó partir. A la mañana siguiente, dejó el caballo y las armas, se fue á pie á Rom, y

el abad envió la llave al duque, padre de Roberto, con la noticia de la conversion de su hijo, el cual tuvo gran alegría de su contricion é hizo dar todos los bienes que halló en la casa á sus respectivos dueños. Dejemos ahora al duque, y sigamos á Roberto que en poco tiempo llegó á Roma.

CAPITULO XI.

Llega Roberto á la ciudad de Roma, y se presenta á Su Santidad.

LLEGÓ á Roma Roberto el dia de Jueves Santo, estando el Padre Santo en la iglesia de San Pedro celebrando los divinos officios, y como su ardiente deseo no le dejase esperar mejor oportunidad, se metió entre la gente poco á poco, hasta que llegó á los pies del Papa, no sin gran trabajo, porque los ministros le daban grandes empujones, y trataban de impedirle el paso para acercarse á Su Santidad; mas no por esto pudieron estorbarle de su propósito; y cuando se vió delante del Pontifice llorando amargamente y á grandes voces, dijo: ¡Beatísimo Padre! por el mejor servicio de Dios, cuyo Vicario eres, te ruego que me oigas en confesion, y me des penitencia para purgar mis pecados; y Su Santidad le dijo: quién eres tú, que tan grandes voces das en el templo de Dios? Y respondió Roberto: yo soy el mayor pecador del mundo, y vengo á tí, porque me des saludable penitencia de mis pecados, que son tan grandes y tan enormes, que no conviene decirlo aqui en público; y el Papa le repuso: ¿eres por ventura tú Roberto el Diablo, de quien tantas maldades se dicen? Y Roberto dando un profundo suspiro, que pareció que le sacaban las entrañas, contestó que sí; entonces el Papa le dijo: yo te prometo delante de Dios de oírte despues de celebrar los divinos officios. Entonces se apartó un poco Roberto; y oyó con mucha devocion los divinos officios, y despues de concluidos, Su Santidad le mandó llamar, y Roberto se hincó de rodillas con muestras de muy grande contricion, y empezó á declarar toda su vida, sin omitir que al tiempo de concebirle su madre le habia ofrecido al diablo. Entonces el Papa, despues de un rato de reflexion, le dijo: hermano, á tí te precisa ir á un monte á tres leguas de esta ciudad, donde hallarás un santo ermitaño muy querido de Dios, y le dirás que te envio á él, y te dará un remedio que conviene para la salvacion de tu alma; y dándole su bendiccion le despidió. Estuvo Roberto en la ciudad aquella noche, y al otro dia se marchó para el monte; anduvo por él buscando á todas partes, hasta que halló el santo ermitaño; y viéndole, fue á postrarse á sus pies, y le dijo, que el Papa le enviaba á él á que le oyese en confesion;

el buen ermitaño le tomó por la mano y le hizo levantar, alegrándose mucho de verle tan conrito, llorando sus pecados; y despues de haber conversado un rato con él, le tomó por la mano, le llevó á una capilla, donde con muchas lágrimas hizo una completa confesion de todos sus pecados; el ermitaño le mandó estar allí aquel dia y noche sin absolverle, diciéndole que queria hablar mas largamente con él. Venida la noche, el ermitaño hizo una cama en la capilla con un poco de heno para que durmiera Roberto, y él estuvo toda la noche en oracion rogando á Dios por su penitente.

CAPITULO XII.

Revelacion que en sueños tuvo el ermitaño, en que se le previno la penitencia que habia de dar á Roberto, y como este la cumplió.

YA iba á amanecer cuando el santo ermitaño vencido del sueño, y reclinado á un canto que le servia de cabecera, cerró los ojos para descansar; y estando durmiendo oyó una voz del Cielo que le dijo: *santo hombre, escucha lo que Dios te manda: que á Roberto le impongas por penitencia de sus muchos pecados, que tiene que andar por las plazas y calles de la ciudad de Roma, haciendo como si fuese loco y mudo, sin que pueda alimentarse de otra cosa mas que de aquello que echen á los perros y él les pueda quitar, continuando de este modo hasta que Dios sea servido disponer otra cosa, y asi alcanzará la entera remision de sus pecados.* Cuando el ermitaño se despertó quedó maravillado de tal revelacion; entró en la capilla donde encontró á Roberto rezando; y llorando le mandó ponerse de rodillas delante de sí, y le dijo: hermano, de parte de Dios, me ha sido revelada esta noche la penitencia que te conviene hacer por redimir tus pecados; y esta consiste en que andes por la ciudad de Roma sin hacer mal ni daño alguno á nadie; que finjas ser loco y mudo, y asimismo no comerás cosa ninguna, salvo lo que pudieras quitar á los perros, y asi andarás hasta que Dios disponga otra cosa; y en seguida le absolvió, y dió su bendicion. Luego que hubo recibido la absolucion, dió Roberto infinitas gracias á Dios de tantas mercedes y beneficios por tan pequeña penitencia; despidióse del ermitaño, y se fue para la ciudad de Roma, con gran deseo de comenzar y cumplir su penitencia.

Entró Roberto por la ciudad haciendo jestos con la boca y con los ojos, bailando y saltando por las calles como hombre ajeno de todo sentido, y en poco tiempo se reunió un gran número de muchachos que le seguan y maltrataban continuamente; el uno le tiraba lodo á la cara, otros zapatos viejos y

otras suciedades que hallaban por las calles, y otros le apedreaban sin dejarle descansar; mas Roberto nunca les decia nada, ni jamás les mostraba mal semblante; y estando un dia delante del palacio del emperador muy acosado del hambre tuvo por acaso oportunidad de entrar en la sala donde estaba el mismo emperador comiendo, y haciendo su debida reverencia como hombre cuerdo y de buena crianza, se quedò luego parado un poco mirando en el suelo, y de repente dió un salto encima un aparador, lo cual dejó á todos muy maravillados; y del aparador saltó en el suelo con una ligereza estremada, de modo que ningun estrépito se sintió en la sala; comenzó en seguida á andar, bailar y hacer otros jestos de loco, con lo cual se divertia el emperador y todos los que estaban en la sala. Tenia el emperador un mastin que jamás se apartaba de su lado, el mas feroz que en el mundo pudiera hallarse, que ninguna persona osaba llegarse á él, salvo el mismo emperador, y dándole este un hueso saltó Roberto con mucha presteza y se lo sacó de la boca sin ninguna resistencia; en vista de lo cual se quedaron sumamente pasmados todos los que allí estaban presentes, y conociendo el emperador que Roberto tendria mucha hambre segun la prisa que se daba en roer el hueso, movido de compasion, mandó que inmediatamente le diesen de comer, y en seguida le fue puesta una mesa en medio de la sala con muchas y buenas viandas de todas clases; mas no quiso Roberto llegar á ellas, ni comer cosa alguna por mas que le invitaron; antes estaba mirando si darian alguna cosa al perro para quitársela; y conociendo esto mismo el emperador, le echó un pan entero y el mastin lo cogió y comenzó á comer, mas Roberto se lanzó presto debajo la mesa, se apoderó del pan le partió por medio, dándole la mitad al mastin, y la otra mitad se lo guardó para sí, y sentado cara á cara con el perro comió su parte. El emperador se quedó muy aturdido de la gran masedumbre que el animal usaba con Roberto, sin jamás haberle visto hacer cosa semejante. Cuando Roberto hubo muy bien comido, se levantó, y fue por la sala paseándose y mirando á todas partes, unas veces andaba hácia atrás, otras se dejaba caer, otras miraba á lo alto del techo, y andando asi por la sala haciendo mil estravagancias como se ha dicho, vió abrir una puerta por donde se salia á un jardin muy delicioso en el que habia una fuente muy hermosa, y él se fue corriendo cuanto pudo para la huerta; se acercó á beber á la fuente; y asi estuvo todo aquel dia sin salir del palacio: venida la noche anduvo buscando lugar conveniente donde descansar, y vió detrás de unas escaleras un poquito de paja, donde tenia el podenco su cama; con mucho placer se fué á acostarse alli con el podenco; y como le viesen algunos y lo dijesen al emperador, mandó este que le diesen una cama en que durmiese, mas Roberto nunca quiso dejar aquel lugar por mas que le rogasen. Asi que este hombre que se habia criado en grandes vicios y deleites, durmiendo en camas muy mullidas y habitando en palacios muy bien amueblados, que solia vestir ropas muy costosas y comer manjares los mas delicados; á quien servian y acataban muy grandes señores, se le vió con grandísima paciencia y humildad, echado detrás de las escaleras con un per-

ro; y de la comida que daban á estos animales, tomar su sustento natural sin querer otra cosa alguna. Y con tan grande mansedumbre sufría ser encarnecido de pequeños y de mayores con una humildad y resignación sin ejemplar, siendo burlado y menospreciado de todos.

CAPITULO XIII.

Del gran ódio que Roberto tenia á los judíos, y las burlas que les hizo.

ESTANDO Roberto en el palacio del emperador, fueron convidados unos personajes extranjeros con algunos nobles de la ciudad, entre los cuales se hallaba un comerciante judío de los mas acaudalados, y que ademas era tesorero general del emperador; comiendo estaban en la mesa, cuando entró Roberto en el salon informado ya de que allí estaba el judío; era tanto lo que sentia el ver á un infiel comiendo con los cristianos, que le daban tentaciones de arrojarse á él y quitarle la vida, lo que hubiese hecho sino fuera por no incomodar al emperador; pero para vengarse de él en algun modo, discurrió traza para hacerle alguna burla; y en efecto, tomó al podenco por los brazos, llegóse detrás del judío, le tocó por la espalda, y al tiempo de volver este la cara le arrimó la del perro, de modo que le hizo dar un beso con el hocico, de lo que quedó aquel muy corrido, y todos los demás se rieron grandemente por lo gracioso del chasco y la sagacidad de sus bien fingidas locuras; pues en medio de sus extravagancias y caprichos procuraba ser agradable á todos los que le trataban, sin enojar ni causar perjuicio á ninguno; y asi, de este modo cumplia su penitencia pasando por loco y mudo en todas partes. Andando pues un dia Roberto por una de las calles mas concurridas de la ciudad, haciendo mil gestos y contorsiones con un palo muy largo que llevaba, vió pasar una gran comitiva de judíos, que acompañaban una novia muy ricamente vestida; fue corriendo hácia ellos bailando, y con el palo empezó á sacudir á los judíos hasta que tuvieron que huir despavoridos; en seguida cogió la novia y llevándola consigo, fue á echarla dentro de un charco de agua y barro que habia allí cerca; luego se fue á la casa de donde habian salido (que era la del novio), y hallandó en la cocina una grande olla de carne y otras varias viandas que tenian preparadas para celebrar la boda, cogió un perro que andaba por la casa, y lo echó dentro de la olla, saliéndose luego con su palo sin que nadie se atreviese á hacerle daño ni decirle nada; y por el mismo estilo hizo muchísimas trave-

suras, pegándola siempre con los judíos, todo lo cual llegaba á noticia del emperador, dándole motivo para reirse y causando diversion en los de su corte.

CAPITULO XIV.

Rebelion y alzamiento del almirante contra el emperador, por haberle negado este su hija que le habia pedido por esposa.

EN el mismo tiempo que Roberto andaba por la ciudad de Roma haciendo su penitencia como dijimos, el almirante, vasallo del emperador, hombre de ilustre linaje, pero muy feroz en condicion, esforzado y valiente en la guerra y muy sabio en política, hizo pedir la hija del emperador por esposa; y como este no la quisiese casar con él ni con otro, porque era muda, el almirante recurrió á las armas reuniendo gran número de gente de guerra como asimismo muchedumbre de paganos, que en aquel tiempo confinaban con los romanos; apercibida, pues, toda aquella gente, y él por capitán de todos, entró por los Estados del emperador haciendo grande destruccion y daño. Cuando el emperador supo los malos tratamientos que sus vasallos recibían y estaba amenazada la seguridad de sus Estados, mandó luego que al otro dia se juntasen igualmente todos los principales caballeros de su imperio, por saber si habia alguno que favoreciese las pretensiones del almirante; y despues que les halló á todos leales, y deseosos de poner sus haciendas y personas á su servicio, mandó que muy presto se armase toda la gente que se pudiese equipar para ir contra sus enemigos: reunidos que fueron y puestos sus capitanes como en tal caso se requeria, el emperador en persona se puso al frente de todos ellos, saliendo de la ciudad en buen orden, y al otro dia llegaron á donde estaban los enemigos esperándoles, y apercibidos ya de su venida, el emperador hizo disponer la gente en orden de batalla para batirse con ellos; se comenzó una muy reñida batalla que duró hasta que cerró la noche, perdiendo el emperador mucha gente, de modo que les fué forzoso retirarse á un lugar que estaba cerca; al otro dia por la mañana el almirante envió un mensaje al emperador, diciéndole, que saliese á presentarle la batalla en campo raso, mas este estaba muy abatido por la pérdida de su gente y de los mas principales y esforzados capitanes, por cuya razon no osaba aceptar la batalla, temiendo de que sus armas llevasen la peor parte, y tuvo por mas oportuno fortificarse en el lugar, aguardando que le viniese socorro de sus parciales; mas conociendo el almirante la crítica situacion en que se hallaba su contrario, mandó luego atacar el lugar, por lo cual se vió obligado el emperador á salir de su posicion y presentar la batalla con la poca y desalentada gente que tenia.

CAPITULO XV.

Por disposicion divina se le aparece á Roberto un caballo blanco con sus correspondientes armas para que fuere á socorrer al emperador.

CONTINUANDO Roberto en el palacio del emperador, se puso muy triste por las fatales nuevas que habian venido á la corte, de la derrota del ejército. Entró una mañana en el jardin para beber en la fuente como tenia de costumbre, y despues de haber saciado su sed, se arrimó á un árbol poniéndose á pensar en la desgracia del emperador y la pérdida de su gente, deseando mucho favorecerle, por dos razones; la una, por emplear sus fuerzas contra los revoltosos, destruyendo á los enemigos del orden público: la otra, por no caer en el vicio de la ingratitude y satisfacer en parte los beneficios que en el palacio del emperador habia recibido; y estando en estos pensamientos oyó una voz del Cielo que le dijo: *Roberto, Dios manda que tomes estas armas, montes en este caballo, y vayas á ayudar al emperador que está en muy grande peligro*: y volviendo Roberto la cara, vió junto á sí un caballo blanco muy hermoso con lucido arnés y una gruesa lanza con una espada muy rica: entonces hincó las rodillas y dió gracias á Dios nuestro Señor, y con gran gozo se armó y montó en el caballo muy ligeramente, y dió algunas carreras por el jardin jugando la lanza y esgrimiendo como si estuviera entre los enemigos, creyendo que ninguno le veia: mas la hija del emperador que estaba asomada á una ventana de su aposento por recrearse mirando el jardin y la fuente, estuvo observándolo desde que habia entrado hasta que salió, y le gustó mucho de verle armado y manejar la lanza. Roberto salió por una puerta escusada del jardin á gran prisa para el campo donde estaba el emperador con su gente la que iba ya en completa dispersion. Cuando Roberto vió la gente desbaratada, echó á correr hácia ellos animándolos con señas y haciéndoles entrar en orden logró hacerles volver á la batalla. Despues que los hubo juntado á todos, apartó los heridos en parage seguro, y á los demás los puso en perfecto orden dando frente al enemigo. Todos le miraban maravillados al verle tan apuesto en el caballo y con el brio con que manejaba la lanza, y le obedecian aunque no fuese conocido de ninguno de ellos. Luego con la lanza hizo seña á los suyos que le siguiesen, y como un leon bravo acometió á los enemigos, y en breve tiempo derribó mas de sesenta caballos en el suelo; y habiéndosele quebrado la lanza, echó mano á la espada, y comenzó á dar tajos derribando caballos y hombres, de modo que en poco tiempo fueron conocidas sus fuer-

zas y temidos los grandes golpes de su espada. Roberto les siguió con su gente hasta que los pusieron en huida, y quedó el campo por el emperador: en seguida él se escabulló de entre la gente, y reservadamente se volvió á Roma, se metió por la puerta del jardín que halló aun abierta, entró en él y desarmóse muy presto; puso las armas encima de la silla del caballo, se metió en el palacio, y el caballo desapareció. La hija del emperador que le vió marcharse, estaba sobre el aviso por verle cuando volviese, y efectivamente le vió llegar, desarmarse, y tambien como el caballo y las armas desaparecieron, de lo que se admiró tanto, que al contado lo hubiera referido todo á su padre si no le hubiese faltado el don de la palabra.

CAPITULO XVI.

Entrada del emperador en Roma; donde fue recibido con mucha alegría por la victoria alcanzada; y como su hija por señas quisó dar á entender que Roberto habia sido el vencedor; y segunda batalla que hubo con el almirante, en la que igualmente fue este vencido.

LUEGO que el emperador vió á sus enemigos desbaratados, y puestos en huida, se volvió para Roma, por lo cual fue muy bien recibido de los ciudadanos; y cuando fue á su palacio, entró Roberto en el salon donde estaba, aparentando el loco con ademanes de darle la bienvenida; y como traia un rasguño en la cara que le dieron en la batalla, cuando el emperador se lo vió dijo: ¿quién habrá sido el hombre de poca crianza que ha lastimado á este loco en la cara? y contestó un caballero: señor, esto le fue hecho cuando estaba V. M. fuera de aqui; mas dignaos mandar que ninguno se atreva á enojarle ni hostigarle en nada, pues que él á nadie hace daño; y el emperador así lo mandó, sopena de su indignacion y de un severo castigo, en todo lo cual estaba Roberto disimulando siempre como que ninguna cosa entendia. Despues preguntó el emperador por el caballero que le habia ayudado en tan grande apuro como se habia hallado, y que tanta parte tomó en el combate, mas ninguno le pudo decir quién era. Entónces dijo el emperador: quien quiera que sea; es el mas esforzado caballero que yo haya visto en toda mi vida, y ciertamente que merece ser bien recompensando por su heróico valor. No es posible que otro caballero hiciera jamás lo que él hizo por mi persona. ¡Oh cómo quisiera conocerle por galardonarle el beneficio que de él recibimos, pues bien señalado era con su caballo blanco y sus armas lucidas, y mas hermosas que las de otro alguno. Cuando la infanta entendió que un caballero con caballo blanco venció la ba-

talla, tuvo gran placer y quiso decir por señas, lo que vió hacer á Roberto en el jardín, mas nunca la pudo el emperador entender, por lo que mandó llamar unas honradas dueñas que tenían el cargo de enseñarla y servirla, y las dijo, que observasen bien atentas todas las señas de su hija, y que viesen si entendian lo que queria decir, á lo que las dueñas contestaron señor, V. M. sabrá que la señora infanta, vuestra hija, dice por señas, que el loco que habita en vuestro palacio seria el que venció la batalla, pues que le vió armado en un caballo blanco; que despues de ganada la batalla le vió regresar, y desarmado que fue, desapareció maravillosamente el caballo y las armas. El emperador las dijo: dueñas, ¿es posible que seais tan imbéciles? si no poseeis mas inteligencia y no mostrais mejor capacidad para enseñar á mi hija, yo os mandaré castigar, pues que en lugar de instruirla ofuscáis mas sus sentidos: ¿cómo es posible suponer que un hombre sin sentido y sin razon hiciese tan graude hazaña como la de ganar una batalla? Porque no solamente fue valiente en su persona, si que tambien mostró sagacidad y mucha astucia en el arte de la guerra; su saber é industria bastan en mi concepto para dirigir cien mil combatientes. Despues de estas razones, se despidieron muy avergonzadas las dueñas con la infanta, volviéndose á su habitacion, y el emperador quedó hablando del caballero que le ayudara, no encontrando términos suficientes para ensalzar debidamente su valor. De alli á algunos dias, el almirante, que á pesar de su derrota no habia desistido de su empeño y que no perdonó medio alguno para reponer su ejército, juntó sesenta mil infieles y treinta mil cristianos, y vino otra vez sobre Roma por vengarse del emperador; mas este salió de la ciudad con todos los romanos que en ella se hallaron para llevar armas, y hubieran librado mal con el almirante y su gente, si Roberto no les socorriera por segunda vez, el que halló las armas y el caballo en el jardín como anteriormente: y entró en la batalla con tanto denuedo, que en poco tiempo fue conocido de una y otra parte peleando con tanta ferocidad contra los infieles, que ninguno se le ponía delante ni le esperaba un solo golpe. Si mucho hizo en la primera batalla, mucho mas trabajó en la segunda: los caballeros del emperador dejaban de pelear por verle manejar la lanza y herir con ella; y cuando vió que no quedaba en el campo ninguno con quien pelear, y que los del emperador tomaban pacíficamente el campamento y riquezas de los enemigos, muy discretamente se desvió de la gente y se entró en Roma sin ser conocido, ni visto de ninguno, salvo de la infanta, que le habia visto tambien armar y salir del jardín como la vez anterior, pues estaba á la ventana esperando á que volviera, y le vió venir, desarmarse, y cómo desaparecieron el caballo y las armas lo mismo que antes; mas no lo dijo á ninguna persona, porque entendia que la darian el mismo crédito que antes, y Roberto se entró en el palacio haciéndose el loco como siempre lo tenía que hacer por precision.

CAPITULO XVII.

Vence Roberto por tercera vez al almirante derrotándole completamente su ejército.

VENIDO el emperador de la batalla con la gran victoria, mandó hacer una escrupulosa pesquisa en todos los caballeros por si sabia alguno, quién era aquel del caballo blanco que le sacó por segunda vez de tan grande conflicto; mas no pudo saber por entonces quién era por mas diligencias que se practicaron. No se pasó mucho tiempo sin que el almirante con mucho mayor poder y mayor número de combatientes llegase hasta las puertas de la ciudad de Roma; y luego que tuvo noticia de ello el emperador, quedó muy sorprendido y atemorizado por el gran poder que sus enemigos traian, aunque confiaba mucho con la ayuda del caballero que en tales peligros le favorecia; y con esta esperanza mas que con el esfuerzo de su gente, mandó apercebir á todos los caballeros y demas gente de armas tomar para acometer á sus enemigos; mas antes de salir de la ciudad, mandó que veinte caballos y treinta infantes tuviesen el cargo de seguir al del caballo blanco (si se presentaba), y que de grado ó por fuerza le hicieran declarar á dónde tenia su asiento y cómo se llamaba: salió pues el emperador de la ciudad con todo su ejército, y fue á acometer á los enemigos. Al mismo tiempo Roberto entró en el jardin, y halló en él el caballo y las armas correspondientes y su lanza: quedó en un momento armado y montó en su caballo, se salió del jardin y de la ciudad á todo escapé sin ser visto, hasta que entró en el campo de batalla; y en seguida se le vió derribar caballos y ginetes despedazar armas y atropellar cuanto se le ponía por delante, cuidando de que su gente conservase el orden con mucha diligencia, porque no entrase la confusion ni recibiesen tanto daño de los enemigos, que al par que eran muchos peleaban con feroz encarnizamiento; y por abreviar, hizo tanto destrozo en sus filas, que el almirante solamente con cincuenta caballeros, se salvó á uña de caballo, y los demas quedaron unos muertos y otros heridos y maltratados en el campo: en cuanto Roberto vió la victoria decisiva, se quiso salir de la gente como hizo las otras veces, pero los caballos é infantes que estaban sobre el aviso, asi que le vieron salir de entre su gente, le atajaron el camino; él asi que los vió, empezó á huir á rienda suelta al través de los campos por no ser cogido. Uno de los caballeros que llevaba el caballo muy ligero, le siguió gran trecho á carrera tendida, sin conseguir darle alcance; y cuando vió que se le iba alargando, le tiró la lanza que llevaba, é hirió á Roberto en un muslo, quedándole el hierro dentro; mas ni por eso dejó de correr hasta meterse en el jardin sin ser visto de persona alguna, salvo de la infanta, que desde la primera vez estaba por

verle siempre en acecho desde la acostumbrada ventana. Y cuando se hubo desarmado, desapareció luego el caballo y las armas. Pensando Roberto que no le veía nadie, se miró su herida, sacó el hierro que tenía dentro, y lo escondió debajo de una piedra cerca de la fuente, y después se puso ciertas yerbas en la llaga para restañar la sangre, guardándose cuanto podía de cojear: se entró en palacio haciendo mas locuras de las que solía, por disimular que estaba herido, y en aquel instante entró el emperador que acababa de llegar y luego el caballero que hirió á Roberto, el cual refirió á S. M. como le había herido y que el hierro le quedó clavado en el muslo; el emperador quedó muy contento de ello, y mandó que se buscara secretamente por toda la ciudad, si hallarian un caballero que tuviese una herida de aquella especie y montase caballo blanco; mas no se halló tal caballero en toda Roma, por mas diligencias que se practicaron; y como el emperador estuviese muy deseoso y tuviese mucho empeño de saber quién era el generoso caballero á quien debía tan grandes beneficios, mandó pregonar por toda la monarquía, que el caballero que en las batallas dadas contra el almirante se presentó con caballo blanco arrollando y desbaratando las huestes enemigas, quien quiera que fuese, que viniese á la corte y se manifestase, que en galardón de sus nobles hazañas, el emperador le daría su hija por muger con la mitad del imperio.



EL ALMIRANTE SE PRESENTA AL EMPERADOR FINGIENDO SER EL VENCEDOR DE LAS BATALLAS.

CAPITULO XVIII.

El almirante por casarse con la infanta, hija del emperador, se metió el hierro de una lanza por el muslo, montó en un caballo blanco, y se fue para la ciudad de Roma, diciendo al emperador que él le habia ganado las batallas y que esperaba que cumpliese su palabra á lo que tenia ofrecido.

HABIENDO llegado á noticia del almirante el pregon del emperador, se alegró mucho de ello, pues pensando por este medio venir á conseguir lo que su ambicion tanto deseaba, movido por la codicia, y no menos lastimado de los amores con la infanta, por casarse con ella y suceder mañosamente en el mando del imperio, se hizo traer un caballo blanco, despues tomó un hierro de lanza y se le metió en el muslo; y con muy poca compañía se fue para Roma, en donde solicitó del emperador que se dignase de oirle en audiencia particular; y obtenido el permiso de S. M., mandó este que viniese á su palacio maravillándose mucho de su venida; y llegando delante del emperador, dijo el almirante, que él era el caballero del caballo blanco, que en las tres batallas peleó y venció á su favor; y el emperador despues de haberlo pensado un poco, le dijo: ¿cómo es posible eso! ¿no sois vos el almirante mi enemigo? ¿cómo puede nadie ir contra sí mismo? El almirante, como hombre mañoso y muy cauteloso, respondió: señor, no se maraville V. M. de cosas que haga un hombre preso de amorosos lazos: el amor encendió su poderoso fuego en mi pecho, cuyas ardientes llamas abrasan mis entrañas por vuestra única hija la infanta, siendo ella inocente de todo, y solo amor me movió á haceros guerra por serviros en ella, como os serví contra mi gente hurtándome de ella al tiempo de su triunfo y de vuestro mayor apuro. Y veis aqui el hierro de la lanza, y tambien la llaga que vuestro caballero me hizo por conocerme. Cuando el emperador vió la llaga y el hierro de la lanza, tuvo por muy verdadero lo que el almirante decia. Dejaremos de hablar ahora de este y del emperador, y volveremos á Roberto que estaba debajo de la escalera con los perros muy malamente herido.

CAPITULO XIX.

Como un ángel anunció al santo ermitaño, que la penitencia de Roberto era cumplida; y le mandó de parte de Dios que fuese á Roma y se lo advirtiese.

ROBERTO hacia su penitencia con gran devocion, sin jamás cesar de rogar á Dios le quisiese perdonar sus pecados. Fue tanta su contricion, que le hizo

capaz de la misericordia de Dios, el cual por su infinita bondad le quiso sacar del estiercol donde yacia entre los perros, y sentarlo algun dia en la imperial silla. Quiso que el que era menospreciado y escarnecido de todos, fuese por su gran humildad ensalzado, acatado y honrado de todos. Estando pues el almirante continuando sus pretensiones en la ciudad de Roma, como dijimos, una voz del Cielo anunció al santo ermitaño confesor de Roberto, que se fuese á Roma, y le advirtiese, que su penitencia era cumplida, que Dios habia quedado muy contento y satisfecho de ella, y diciéndole, que hablase ya de allí adelante. El santo ermitaño dió gracias á Dios, y muy gozoso salió del monte encaminándose para la ciudad de Roma, en busca de Roberto, y como hubiese andado toda la ciudad sin tener noticia ni señas de él, muy congojoso y apesadumbrado pensó en ir al palacio de Su Santidad por ver si le darian alguna razon de él, pero antes quiso entrar en la iglesia de San Pedro á hacer oracion. En este instante llegaron al templo el Padre Santo y el emperador con gran número de ciudadanos romanos y un lucido acompañamiento para desposar al almirante con la princesa, la cual, contra su voluntad, despues de haberse muy cruelmente herido y rasguñado su delicado rostro, por la traicion del almirante, que solo ella sabia, hubo de consentir en el casamiento. Llegados á la iglesia, y en el acto que el preste los iba á desposar, habló milagrosamente la infanta y le dijo al emperador su padre: señor, dad gracias á Dios, que por su infinita misericordia me ha restituido el habla, porque la gran traicion del almirante sea conocida públicamente, y su venenoso é infame deseo no llegue á consumarse. Con la mayor falsedad ha afirmado que él venció las batallas, pero el que en realidad ha sido el verdadero y legitimo vencedor, y os ayudó con él y la gente, está en vuestro palacio: yo le ví armar tres veces y montar en un caballo blanco, y salir por la puerta escusada del jardín en favor vuestro, y vencida la batalla, volvía por la misma puerta, se desarmaba muy prontamente, y luego desaparecian milagrosamente el caballo y las armas, y la tercera vez le ví venir malamente herido en un muslo, del cual sacó un hierro de lanza y lo enterró debajo una piedra junto á la fuente que está en el jardín de vuestro palacio; todo esto lo ví desde la ventana de mi habitacion.

Quando Su Santidad con el emperador y todos los allí presentes vieron el gran milagro, y asimismo notaron la gran turbacion del almirante, quedaron muy pasmados, asi por la nueva habla de la princesa como por el gran engaño de él. Y Su Santidad dijo: noble doncella, decid quién es el caballero que tanto hizo en favor del emperador vuestro padre, porque no sea defraudado de lo que con tanta justicia merece; y la infanta le contestó: Su Santidad verá en el palacio de mi padre ser verdad todo lo que digo, y á mayor abundamiento verá el hierro de la lanza, como asimismo el propio caballero que con su esfuerzo y valor es capaz de vencer á todos los caballeros del mundo, al propio tiempo que en humildad ninguno le iguala. Concluida esta relacion, en el mismo orden que vinieron á la iglesia, se volvieron al

palacio del emperador, y el almirante escondidamente se fue desapareciendo confuso y como un desesperado: el santo ermitaño que estaba en la iglesia siguió al Papa y la otra gente, por ver el prodigio; y cuando llegaron al palacio, la infanta llevó al Papa y al emperador al jardín, sacó el hierro de donde lo enterró Roberto, y el caballero trajo el asta de la lanza con que le hirió, conociendo ser aquel el hierro sin ninguna duda: después fueron á la escalera donde estaba Roberto echado con el podenco, que le lamia la llaga sin tener otro cirujano: el emperador le llamó pensando que se levantaria para hacerle mirar el muslo; mas Roberto, que al ver á Su Santidad y la infanta con tanta multitud de gente, sospechó la causa de su venida, por no ser conocido mostró estar del todo fuera de sentido, y carecer de todo conocimiento: comenzó á burlarse del Papa y del emperador, haciendo gestos muy disformes, y cuando decian algo, volviase á juntar con el podenco. Entonces Su Santidad le dijo: yo te mando de parte de Dios que hizo el Cielo y la tierra, que si tienes facultad de hablar que hables y respondas á lo que te preguntamos. Cuando Roberto le oyó hablar así, pensó escabullirse de ellos y huir, por esconderse donde no le hallasen; y levantándose muy pronto con el perro en los brazos, dió tres ó cuatro saltos por entre la gente por salir de ella, y cuando se hubo puesto en pie, el ermitaño que estaba allí tuvo lugar de mirarle el gesto y conocerle: adelantóse cuanto pudo por llegar á él, y le dijo: amigo, ya no debes ocultar mas tiempo tu nombre, que eres conocido ser Roberto, que dicen el diablo, y ahora tienes otro nombre mas agradable, que eres llamado HOMBRE de Dios: conviene que hables de aquí adelante, que tu penitencia es cumplida y Dios está muy contento de ella, y á esto solo soy enviado. Entonces Roberto llorando de puro gozo, hincó las rodillas en el suelo y alzando las manos al Cielo dijo: ¡oh Dios Todopoderoso, fuente de Misericordia y de piedad! cuánta es la merced que hoy recibe este indigno siervo, y cuánto bien por tan simple trabajo! Ruégote por aquella inesfable bondad, que en todo tiempo te quieras acordar de mí, porque no me desvie jamás de la carrera de tus mandamientos, y te merezca alabar y bendecir para siempre! Cuando el Padre Santo y los demas que estaban presentes oyeron tan acertadas razones de Roberto y el gran sosiego suyo, quedaron muy maravillados. La infanta en particular, quedó de ello muy alegre y en extremo complacida, con la esperanza de que aquel habia de ser su marido; porque sus grandes hazañas le habian ya introducido algunas centellas de amoroso fuego en sus castas entrañas, y su graciosa habla fue mayor motivo para que de las mas pequeñas chispas procediese un poderoso fuego, cuyas llamas por todas las partes de su cuerpo prendieron al corazón y cautivaron su libertad, sojuzgando los sentidos, para que Roberto jamás no se apartase un instante de su memoria. El emperador rogó á este que se dignase aceptar por esposa á su hija, pues que de voluntad se la daba, supuesto que tan merecida la tenia, y con la condicion que después de sus dias le sucederia en el imperio. Mas Roberto no

quiso aceptar por entonces tan brillantes ofertas, escusándose que le convenia ir á una romería y cumplir ciertos votos; y tan solamente estuvo aquel dia y noche con el emperador, y al otro dia se despidió de él y de todos los cortesanos marchándose de Roma; y sin ser visto de ninguno se desvió del camino y se metió en un monte buscando el lugar mas apartado de é en donde hizo su habitacion, con propósito de no salir de allí hasta que Dios le llamase. Quedó pues el emperador muy desconsolado como asimismo los caballeros, y muy particularmente la infanta, y así estuvieron bastantes dias que no supieron de su paradero. A poco tiempo despues, el santo ermitaño por mandado del Cielo, fue otra vez en busca de Roberto por el monte adelante y habiéndole encontrado, le dijo, que Dios le mandaba ir á Roma, que se casase con la hija del emperador, y que de ellos descendería una generacion agradable á nuestro Dios y Señor. Entonces salió Roberto del monte y se partió para Roma, donde fue muy bien recibido del emperador y su corte, los cuales creyeron que venia de la romería segun él les habia dicho al marcharse. De allí á pocos dias se verificó el casamiento con la infanta, y fueron celebradas las bodas con tanta solemnidad como correspondia para la hija de tan gran señor y tan distinguido caballero. Estuvo Roberto tres años en la ciudad de Roma disfrutando con gran placer la dulce compañía de su esposa. Despues de este tiempo, recibieron la noticia de que su padre el duque Auberto de Normandía habia muerto, por lo cual pidió licencia al emperador para ir á su patria, en compañía de su muger, y el emperador viendo la justa razon que Roberto tenia, aunque con grande pesadumbre de su partida le hubo de dar licencia, y se partieron los dos esposos de Roma, con muy grandes presentes y dádivas, acompañados de una muy hermosa y lucida comitiva.

CAPITULO XX.

Llegada de Roberto y su esposa á Normandía, y nueva rebelion del almirante contra el emperador, lo cual obligó á Roberto volverse á Roma para socorrerla del peligro que la amenazaba.

HABIENDO llegado Roberto y su esposa con toda felicidad á su pais, fueron muy bien recibidos de todos los caballeros y del pueblo en general, pues en cuanto tuvieron noticia de su venida, se apresuraron en disponer todas las diversiones y festejos públicos que estaban en uso en aquella época, de modo que su entrada en el palacio fue verdaderamente triunfal. La duquesa su madre, que desde la pérdida de su esposo vivia muy retirada y llena de tristeza, se la desvaneció en gran parte con la inesperada venida de su hijo á quien tuvo el placer de estrechar entre sus brazos: este le hizo una relacion muy estensa de todo cuanto le habia pasado en Roma, de lo que quedó asombrada la duquesa. A los pocos dias de su llegada, informaron á Roberto

de que despues del fallecimiento del duque su padre, un caballero súbdito suyo, se habia levantado con una partida de gente, fortificando un castillo desde el cual hacia sus correrías, causando infinitos daños y perjuicios á los Estados de la duquesa viuda; en vista de lo cual, mandó á decir Roberto al rebelde caballero, que inmediatamente depusiese las armas y se presentase sin dilacion á la corte, y como la contestacion fuese por la negativa, fue preciso que Roberto, reuniendo un número suficiente de gente armada, saliese á batir aquella fortaleza; verificado el ataque, penetraron dentro matando á cuantos allí encontraron, excepto el caballero que fue llevado á la ciudad de Ruan, donde le quitaron la vida, siendo descuartizado como traidor.

Estuvo el duque Roberto viviendo pacíficamente en su pais en compañía de su esposa y su madre por espacio de dos años, disfrutando de una paz y tranquilidad envidiables, cuando recibió la noticia de que el almirante aprovechando su ausencia, y deseoso de vengar la afrenta que recibió al irse á desposar con la princesa, habia penetrado en los Estados romanos con un numeroso ejército, que abrasó villas y lugares, matando las gentes indefensas, talando campos y cometiendo toda especie de atrocidades; y como el emperador tuviese mayor confianza en el valor y disposicion de su yerno el duque Roberto, que en ninguno de los caballeros de su imperio, se apresuró á enviarle mensajeros, encargándole que sin demora alguna se pudiese en camino para ir á socorrerle contra el almirante, que se habia presentado hasta las puertas de la capital.

Llegados los mensajeros romanos á la ciudad de Ruan donde á la sazón se hallaba el duque Roberto segun se ha dicho, este los recibió con las ceremonias debidas, y enterado que estuvo de su embajada, mandó que con la mayor brevedad posible se reuniesen hasta treinta mil hombres de todas armas dejando encargado el gobierno del ducado á un honrado caballero de toda su confianza, y á su esposa en compañía de su madre, y él se puso á la cabeza de aquella fuerza, emprendiendo la marcha á largas jornadas.

CAPITULO XXI.

Muere el emperador en una batalla á manos del almirante, y Roberto venga la muerte de su suegro quitando la vida al agresor.

A su llegada á Roma, se encontró con la novedad de que el emperador habia muerto en una batalla á manos del almirante: al oír Roberto tan infausto acontecimiento, lleno de furor y coraje, hizo en seguida disponer á todos los caballeros con la demas gente armada que habia en Roma, y unidos con el refuerzo que trajo consigo, salió de la ciudad con muy grandes deseos de encontrarse con el almirante para vengar la alevosa muerte cometida en la persona del emperador su suegro: apenas habrian andado poco mas de

media legua, que divisaron el campo de los enemigos, los cuales estaban formados en un llano en orden de batalla; el duque Roberto dividió su ejército en tres columnas, y él se puso al frente de la del centro. Dada la señal, se pusieron todos en movimiento, y en poco tiempo el combate se hizo general, los ejércitos se acercan, se atacan con furor, se mezclan, crujen las armas, la sangre corre en arroyos, los guerreros caen y el campo se cubre de cadáveres. El duque montado en un famoso caballo y espada en mano, se arroja entre el tropel desesperado y fuera de sí; lleno de ardor y cólera, busca el peligro con sus ojos codiciosos, y acomete, desune, derrota los espesos escuadrones, vuela en medio de las lanzas, inunda de sangre la tierra, busca el peligro, le provoca y le desprecia á un tiempo. Ligero y temido como el rayo, discurre por entre los enemigos sembrando la muerte y terror; ábrese paso entre sus víctimas que caen amontonadas, y aguija el fatigado caballo, que apenas puede pasar sobre las armas y los cadáveres.

En medio de la horrenda carnicería, del tumulto y de los gritos de los fugitivos, el héroe cree descubrir al almirante al divisar un caballero montado en un brioso caballo que traía un yelmo dorado con una lucida armadura, y muy pertrechado de armas; se dirige á él, le hace seña que se ponga en defensa, y ambos se acometen á un tiempo: el caballero dirige la lanza sobre su contrario; el duque evita el golpe, y de un revés desgarrata al impetuoso animal. El guerrero cae, Roberto descarga el brazo sobre él y le hace morder la tierra hiriéndole gravemente; luego mandó á los suyos que le llevasen á Roma, diciendo que allí se le daría el castigo merecido á su alta traición: oyendo esto el caballero, se volvió á Roberto, y con débil voz le dijo: te ruego por mi nombre que no quites la honra y fama de mi nobleza ya que quieres quitarme la vida, ni al tiempo de morir me impongas un nombre infamante que jamás merecí en mi vida. Entonces el duque Roberto le interrogó diciendo: ¿pues no eres tú el almirante que asesinaste vilmente y sin causa á mi señor el emperador? á lo que contestó, que el almirante no traía tales armas ni escudo; que las que llevaba eran bastas y deslucidas por no ser conocido, y solo se distinguía por tener un leon negro en el escudo, y que montaba en un caballo rubio; acabado de dar estas esplicaciones espiró. Roberto que todo su afán era encontrarse con el almirante, se precipita otra vez en lo mas reñido del combate como un leon fiero, siempre mirando si podía descubrir al que era objeto de su odio; vióle al fin en ocasion que estaba haciendo gran destrozo en los romanos, y asegurándose de que era él mismo por las señas que le habia dado el difunto caballero, tomó una fuerte lanza, se dirigió á él, le llama y le reta en alta voz; el almirante le responde, ambos se reconocen y corren á encontrarse; ambos en fin se adelantan á sus tropas y se encuentran cara á cara.

¡Dios de las batallas! ¿quién podrá pintar la fuerza, el odio, la rabia de estos implacables rivales? ¿quién podrá explicar el furor ciego, el deseo de la venganza, la sed ardiente de sangre que á ambos devora? Al modo

que dos águilas furiosas hienden el aire con las veloces alas y caen al encontrarse, así los dos guerreros se arremeten, se juntan en medio de su carrera, y al golpe caen los caballos. Lavántanse al punto, y sin atender á sus vidas, sin pensar en los escudos, con espada en mano acércanse, y descargan sus brazos: el acero corta el hierro y sus corazas despiden vivo fuego.

El impaciente Roberto arroja el escudo, dá hácia atrás tres pasos, empuña el formidable alfange, y volviendo como un rayo, descarga sobre su enemigo partiéndole la coraza, y la punta abre en el pecho una ancha herida de donde mana la sangre. El almirante cae con una rodilla en tierra Roberto lleno de esperanza, quiere segundar; le hiere de nuevo dejando la espada en las entrañas de su antagonista, y palpitante cae al suelo bañado con su propia sangre.

Apenas los del bando del almirante vieron á su gefe vencido y muerto, cuando empezaron á desbandarse y entrar en ellos la confusion. El invencible Roberto, junta á sus fatigados soldados, los anima para hacer el último esfuerzo, y dada la señal, se arrojan con ardor contra sus enemigos, los arrollan por todas partes, y los ponen en precipitada fuga, dejando la tierra sembrada de muertos.

Sus nobles escuadrones le victorearon, y en perfecta formacion tomaron el camino de Roma, donde siendo recibidos con entusiasmo y alegría general hicieron su solemne entrada.



ENTRADA TRIUNFAL DE ROBERTO EN ROMA.

El cadáver del almirante, fue llevado á la ciudad, y al dia siguiente, se mandó fuese arrastrado por todas las calles y plazas mas públicas, siendo en seguida descuartizado por mano del verdugo.

Despues mandó Roberto que se celebrasen en todas las Iglesias de Roma y particularmente en la Basílica de San Pedro, las mas suntuosas y solemnes exequias por el alma del emperador su suegro.

CONCLUSION.



EMBEBIDO el prudente Roberto en profundas meditaciones, discurrendo sobre la nueva posicion en que las circunstancias le habian colocado, resolvió permanecer en Roma empleando cerca de un año, en arreglar con el mayor acierto todos los negocios del Estado, poniendo en todas las fortalezas y ciudades gobernadores adictos á su persona; y despues de haber dejado un lugar-teniente de toda su confianza para el gobierno superior, del imperio, se volvió para Normandía. Todas las autoridades y nobleza de la ciudad de Ruan, le salieron á recibir y darle el parabien. Su madre y su amada esposa recibieron un gozo indecible por su venida, abrazándole con la mayor ternura, y llenándose mutuamente de caricias.

Durante la ausencia de Roberto, su esposa habia dado á luz un hijo que le llamaron Ricarte, y le dieron el título de duque de Normandía, el cual fue con el tiempo muy esforzado y valeroso caballero, distinguiéndose en muchas batallas, haciendo señaladas hazañas como se lee en las crónicas francesas.

Finalmente, nuestro héroe Roberto con su esposa, regresaron á Roma donde tomando posesion del trono imperial, hallaron el contento y la tranquilidad, gobernando mucho tiempo con la dulzura y justicia que era la base de su conducta. Tuvieron ademas otros hijos, los que instruyeron en los mas puros principios de la religion católica y sana moral. Llegaron á una edad avanzada disfrutando hasta el resto de sus dias la felicidad y quietud del alma, que es el mejor fruto que la práctica de las virtudes proporciona en la tierra.

FIN.